



Moro: si hubiese sido un héroe.

LA AVENTURA DE ALDO MORO

EDUARDO HARO TECGLÉN

la Santa Sede. Con la misma ansiedad con que buscaron en los mensajes de Moro una "clave" o las huellas científicas de un "lavado de cerebro", buscan ahora en la carta de Pablo VI algo que indique claramente que la cabeza de la Iglesia católica no desciende a tratar con bandoleros de igual a igual, ni a negociar con ellos. Si el Estado no lo hace, si no lo hacen los partidos políticos, no debe hacerlo la Iglesia... Pero se dice que el Papa estaba cansado y desesperado, como el propio Moro, de la indiferencia política, de ver agotarse el plazo funesto sin que nadie hiciera nada por atender a este desgraciado abandonado de todos. Se dice que él mismo, en su habitación, redactó

económicas con los países fuertes como Alemania Federal—, probablemente no se producirían situaciones como la del "caso Moro" o habría, quizá, otra manera de enfrentarse con ellas. La verdad profunda es que si a raíz de la liberación del fascismo hombres como Moro, como De Gasperi o como Fanfani no hubieran comenzado a aplicar el largo gobierno de un solo partido con el apoyo del liberador —Estados Unidos— y con una finalidad de "guerra fría"; si no se hubiesen producido en torno a ese partido gobernante único toda clase de negocios y corrupciones, toda una congelación de la permeabilidad social y lo que se ha llamado un "milagro económico", que en realidad no alcanzó nunca a extensas capas de pobla-

HOMBRES de las Brigadas Rojas, dejadme a mí, intérprete de tantos conciudadanos vuestros, la esperanza de que todavía alberguen vuestras almas un victorioso sentimiento de humanidad": no se sabe aún qué efecto habrán causado en los secuestradores de Aldo Moro estas palabras de una carta del Papa, pero se sabe el que han producido en lo que se llama "los círculos políticos": un fastidio, una inquietud, una molestia. Tanto cuidado para no citar por su nombre al grupo delincuente, por evitar que se considere "reconocido" o "interlocutor", y de pronto el Papa se dirige a él directamente, obviando las fórmulas de "desconocidos secuestradores": "Os escribo a vosotros, hombres de las Brigadas Rojas...". Todo este conjunto de hipocresías, juegos, protocolos, formas y trampas parece justificar la frase de Aldo Moro en su larga carta a Zacagnini, de la Democracia Cristiana: "De estos problemas terribles y angustiosos (los del partido frente a la situación del país) no os podréis liberar ante la Historia con la facilidad, la indiferencia y el cinismo que habéis manifestado hasta ahora durante los cuarenta días de mis terribles sufrimientos". Ya estos mismos clichés, indiferentes y fáciles políticos están disminuyendo el alcance de la carta del Papa. "No utiliza el plural", dice. En efecto, habla en primera persona, y dice: "Yo no tengo ningún mandato en relación con él (Aldo Moro)...", y explica que escribe "a título completamente particular", aunque "en el nombre de Cristo". Todo ello tranquiliza: no es el Papa, sino Montini; no es la Santa Sede, sino un particular... La radio y la televisión estatales precisan: no hay ninguna mediación de



Giuliano Isa, Renato Curcio, líder de las Brigadas Rojas; Alberto Franceschini y Nedio Mantovani, durante una pausa —para tomar café— en el juicio que se sigue en Turín contra el grupo terrorista.

la carta de su puño y letra en la noche del viernes al sábado y se retiró a las dos de la madrugada, después de haberla hecho llegar al "Observatore Romano". Y de haber encargado que se publicasen dos teléfonos de Cáritas —en Roma, en Friburgo— para que los secuestradores pudieran telefonar con propuestas concretas. La verdad aparente es que si las Brigadas Rojas tienen como propósito desestabilizar la democracia en Italia, lo están consiguiendo. La verdad profunda es la de que si la democracia italiana no estuviera previamente desestabilizada por otra clase de terror —el que inspiran los Estados Unidos, el que emana de la OTAN, el terror económico de una suspensión de ayudas y de relaciones

—distinguibles incluso geográficamente: la Italia de los pobres, la Italia del Sur, frente a la de los ricos, en el Norte—; ni evitó que continuase la enorme emigración económica a Europa y América; si las leyes electorales no hubieran evitado el paso real de la opinión pública a la soberanía; si cuando este paso se ha hecho, a pesar de todo, no se hubiera impedido el gobierno de las fuerzas emergentes de la izquierda; si la Democracia Cristiana no se hubiera agarrado al poder contra viento y marea, Italia sería una democracia y no un escenario de guerra civil. La palabra "guerra civil" se emplea ya frecuentemente en Italia. La emplea una persona cualificada: Mario Sossi, uno de los fiscales del proceso de Turín contra las Brigadas Rojas. No es sólo su

condición profesional la que le califica, sino el hecho de haber estado secuestrado por las mismas Brigadas durante treinta y cinco días, hace cuatro años. Sossi cree —declaraciones al "Times" de Nueva York— que el Gobierno y los partidos políticos se equivocan al no tener en cuenta la solicitud de Moro de que se proceda a un "intercambio de prisioneros políticos". "Es una política equivocada. No es razonable decir que un intercambio de prisioneros minaría el prestigio y la autoridad del Estado. Lo que está minando al Estado es la negativa a tratar la situación como lo que es: una guerra civil. La única salida a la situación es la de que el Parlamento proclame un estado de urgencia, suspenda las leyes civiles y proclame las militares. Los terroristas armados serían fusilados en el momento si fuesen capturados con armas. Los ataques armados contra funcionarios o edificios oficiales deberían ser castigados con la muerte. La Policía podría hacer registros sin mandato judicial, los prefectos podrían establecer el toque de queda y, en caso de necesidad, se cerrarían las fronteras del país". En esta opinión resume todo el pensamiento ultraconservador, ultraderechista. Paradójicamente, esta situación de estado de guerra facilitaría el "intercambio de prisioneros" que las leyes civiles parecen impedir. Pero, ¿a costa de qué? De la destrucción de lo que queda de democracia en Italia. Un estado de guerra se sabe cómo se empieza, pero nunca cómo se termina. Ni cuándo. Entre tanto, los partidos políticos se culpan suave y moderadamente unos a otros de la dureza en la situación. La Democracia Cristiana da a entender que si se tratase de un dirigente de otro partido, quizá ella haría lo posible por negociar; pero que tratándose de su propio presidente, hay un buen gusto y una corrección que se lo impiden. Esto es lo que el desventurado Aldo Moro llamó "cinismo". La fuerza principal de la argumentación se la dejan al Partido Comunista, que explica que "el Estado no puede prescindir de los principios que constituyen el fundamento de la comunidad nacional y de la convivencia civil. Toda concesión pondría el régimen democrático ante gravísimas amenazas". Y toda concesión del PCI, conviene explicar, le pondría en una situación incómoda: trata, sobre todo, de distanciarse de los "izquierdistas" y de no ser confundido con ellos, sobre todo porque las Brigadas Rojas se llaman a sí mismas comunistas; trata de lavarse de las viejas acusaciones de terrorismo que le han perseguido siempre y de situarse en el nivel de protección al Estado democrático que es su figura política. Para la extrema derecha, toda esta pretensión es inútil: el acto de constitución de la "euroderecha" —MSI italiano, Fuerza Nueva española y Forces Nouve-

les, de Francia— explica que el terrorismo procede de los países del Este y el eurocomunismo también: son dos fuerzas de una misma mano. Libres de estas acusaciones y fieles a su viejo humanismo marxista, los socialistas aparecen más próximos a una postura negociadora. Pero con matices: en ningún caso sobre la base del intercambio de prisioneros. Sería antijurídico: la separación de poderes entre el Estado y la judicatura impide que el Estado obligue a ésta a poner en libertad prisioneros condenados o en situación de procesados.

Todo lo está estropeando el propio Aldo Moro. Si no hubiese enviado esas cartas trágicas pidiendo socorro, si no hubiese acusado a su propio partido de no tener en cuenta las condiciones reales de la vida política del país, si hubiese sido un héroe... Todos los intentos de buscar —con peritos calígrafos— falsedad en las cartas, todos los estudios de los psicólogos para demostrar que Moro

menes han cometido ya con la fría ferocidad de quien condena a muerte, sino por razones políticas. En razón de que la mayoría de la población italiana se conmueve con el caso Moro y con su sufrimiento más que los partidos políticos, sobre todo más que el suyo propio. Están viendo que, cuanto más tiempo pasa, más grande es la distancia entre la opinión pública y el conjunto de partidos que se irrogan la función del Estado. Y están viendo también que a todos les convendría encontrar el cadáver de Moro y prepararle un magnífico entierro y un espléndido mausoleo: les sería de una gran utilidad política. Pero, ¿cómo desembarazarse de Moro? La dignidad del Estado impide negociar, la dignidad de las Brigadas Rojas impide ceder...

Dentro de todo este cúmulo de funciones, la que tiene menos realidad, aunque sea la que menos se discute, es la de considerar al terrorismo como un cuerpo extraño y tratar de su no reconocimien-



El secretario general del Partido Cristianodemócrata, Zaccagnini, acompañado del subsecretario, Galloni, a la salida de la reunión donde se decidió no entablar negociaciones políticas con los secuestradores de Moro.

quería decir lo contrario de lo que quería decir, todas las explicaciones científicas para considerar que Moro ha dejado de ser una realidad humana para convertirse en un doble de sí mismo, manipulado por sus enemigos, han ido fracasando. Las cartas son suyas, el estilo de pensamiento es el suyo. Moro no colabora. Y, ya que él no es un héroe, quieren serlo ellos con la vida de él. Diríase que están empujando a las Brigadas Rojas al asesinato; y, sin duda, si a éstas les cuesta, al parecer, un cierto esfuerzo cometerlo, no es por razones morales ni por el resto de humanidad que el Papa les supone —su sentido de la humanidad y aun del humanismo tiene un diapason enteramente distinto: no resuena la nota con estos llamamientos—, puesto que otros crí-

to. Es como si un enfermo de cáncer proclamase: "El cáncer no soy yo; yo soy un individuo sano, y el cáncer es aparte. Viene de fuera, no puedo reconocerle, no puedo darle su nombre". Desgraciadamente, la sociedad es bastante más unitaria de lo que se cree. Los marginados forman parte de ella —aun a su pesar— con la misma titularidad que los privilegiados, y son una consecuencia de ella. Hasta estos criminales, hasta estos desesperados sin razón y sin medida forman parte de la sociedad: son la sociedad. ¿Un producto de la sociedad? La frase no describiría bien la realidad: son una parte de la sociedad misma. Una parte de la organización, del sistema, de la forma política. No basta con la cirugía para extirpar este cáncer: existe la metástasis.



EL SOCIALISTA

NUMERO ESPECIAL DEL 1.º DE MAYO

Es un órgano de Partido (del P. S. O. E. y de toda la clase trabajadora)

POR TANTO: Un periódico partidario (no partidista) de la implantación de la Sociedad Socialista.

EL ESPECIAL: Dedicado al 1.º de Mayo y a la Unidad Socialista (P. S. O. E. - P. S. P.) fundidos fraternalmente.

UN NUMERO ANTOLOGICO: Colaboran todos:

Felipe, Tierno, Merino, Sotelo	POLITICA
Barral, Goytisolo, Armiñán	ARTE
Peridis, Sir Cámara, Nacho	DIBUJO

EL SOCIALISTA

- Pero, ¿aún no te has suscrito?
- Busca la tarjeta de suscripción en



EL ESPECIAL, kioscos a partir del día 28 de abril.

